

GÓNGORA Y CERNUDA

ANTONIO CRUZ CASADO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Las referencias de Luis Cernuda a don Luis de Góngora son bastante numerosas en las diversas obras críticas que el poeta sevillano fue dando a la estampa a lo largo de su vida. Sólo se equiparan estas referencias gongorinas¹ a las que dedica a otros relevantes poetas coetáneos o más cercanos a su momento histórico, como Federico García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado o Gustavo Adolfo Bécquer. Esta insistencia pudiera tomarse como un caso de preferencia personal o más bien como la constatación de un hecho que a estas alturas nos parece incontrovertible: Góngora es, en el siglo XX, uno de los poetas más vigentes de nuestro pasado literario, quizás el más vigente de todos, si exceptuamos la exquisita sensibilidad de Bécquer, y desde luego se encuentra entre los más influyente en la conformación de la personalidad lírica de los jóvenes poetas del 27.

Como todos sus compañeros de grupo, Cernuda se siente atraído por la deslumbrante belleza de los versos gongorinos, aunque esa atracción no se traduce luego en una imitación más o menos ceñida a la expresión o a los temas propios de don Luis; no ocurre así con otros poetas del 27, como Alberti o Lorca, que pretenden continuar o imitar el estilo y la trama de las *Soledades* gongorinas, hecho que origina la "Soledad tercera", de Alberti, o la "Soledad inconclusa", de García Lorca, como hemos estudiado en otra ocasión². En aquellos años de fervor por la poesía barroca, que vienen marcados por la celebración del tercer centenario de Góngora, la creación cernudiana produce un libro en el que se advierte cierta influencia o afinidad con el movimiento áureo hispánico, *Égloga, elegía, oda* (1927-1928), pero en él no se aprecian elementos gongorinos acusados³. Será ya tardíamente, en *Como quien espera el alba* (1941-1944),

¹ Para un cómputo de las menciones del poeta cordobés en la obra crítica de Cernuda, cfr. el índice onomástico inserto al final del tercer volumen de las obras de este escritor: Luis Cernuda, *Prosa II*, ed. Derek Harris y Luis Maristany, Madrid, Siruela, 1994, p. 840. Las referencias cernudianas se hacen siempre en nuestro trabajo por esta edición, la más completa de las existentes, mediante la indicación de volumen y página.

² Antonio Cruz Casado, "Algunas secuelas de las *Soledades*: del barroco tardío al 27", *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 125, julio-diciembre, 1993, pp. 183-194.

³ Notamos, sin embargo, algunas coincidencias estilísticas entre Cernuda y Góngora, que bien pudieran proceder de una lectura más o menos detenida del poeta áureo por parte del moderno, como el adjetivo *cano*, en su significado de "blanco", tan frecuente en Góngora: "Con su lluvia tan dura / Ásperamente riega y torna cano / Al aire de esta umbría"; Luis Cernuda, "Égloga", *Égloga, elegía, oda, Poesía completa*, ed. Derek Harris y Luis Maristany, Madrid, Siruela, 1993, p. 130; que puede remitir a varios lugares gongorinos, como "dejó primero de su espuma cano", Luis de Góngora, *Soledades*, ed. Robert Jammes, Madrid, Castalia, 1994, p. 279; "y al verde, joven, floreciente llano / blancas ovejas suyas hagan, cano, / en breves horas caducar la hierba", *ibid.*, p. 365; "El mar encuentra, cuya espuma cana", *ibid.*, p. 429; "El padre de los dos, émulo cano

cuando Cernuda dedique al poeta cordobés un hermoso poema, pero entonces no es más que una meditación lírica sobre el olvido inmerecido o la proximidad de la vejez y la muerte en la que parecen retratarse no sólo la fase final del gran lírico barroco sino también, y en parte como resultado de una experiencia afín, el propio autor de la composición.

En consecuencia, observamos cómo Cernuda realiza dos aproximaciones diferentes a la figura y a la obra de Góngora: una, de carácter crítico, considerando entre otros aspectos el lugar que Góngora ocupa o debe ocupar en el panorama de la creación poética española, y otra, de carácter lírico, con una recreación evocativa de los últimos años de don Luis.

En el libro *Estudios sobre poesía española contemporánea* (1957), que es un recorrido por la historia de la poesía del siglo XX a partir del Modernismo, Cernuda se ocupa de Góngora al tratar la generación de 1925, como él la llama, junto con otros precedentes que depuran el lenguaje poético de los restos de sentimentalidad simbolista y ornamentación esteticista, fijándose en un elemento básico de la expresión lírica, la metáfora. Señala que varios poetas comenzaban a buscar en la metáfora el alejamiento de la lógica, que intensifica su carácter misterioso y que desembocaría luego en el surrealismo; para ello los jóvenes poetas recurren a Góngora, y el crítico analiza un ejemplo de este tipo de recurso estilístico en los versos finales de la incompleta *Soledad segunda*: “Quejándose venían sobre el guante, / los raudos torbellinos de Noruega”, en donde ve no sólo una referencia a los halcones, sino un sentido literal del verso que es donde reside, para ellos, el auténtico valor poético, en el que encuentra una irisación misteriosa⁴. Habla luego de la celebración del tercer centenario del poeta cordobés y señala influencias concretas en sus compañeros de generación, en Alberti, Lorca, Guillén, Salinas, Altolaguirre, Aleixandre y Diego; también el retorno a una métrica de tendencia clasicista, empleo de versos octosílabos y endecasílabos, vuelta al soneto ortodoxo, a los romances y a las octavas reales, pueden considerarse una consecuencia de la frecuentación de Góngora y otros poetas del Barroco.

Pero existe un texto independiente que Cernuda dedica por completo a Góngora, aunque nos ha llegado incompleto y falto de la última mano del autor. Se trata de una conferencia, o unos apuntes para una intervención de este tipo, fechada en 1937, en la que el crítico hace una semblanza de la figura de don Luis de Góngora y realiza acertada apreciaciones que luego se reflejan, en parte, en su poema de *Como quien espera el alba*. Es un texto que ha permanecido inédito hasta hace poco tiempo, pero que tiene

/ del sagrado Nereo, no ya tanto”, *ibid.*, p. 451, etc. O la palabra *bulto*, aplicada al rostro y referida al de un hermoso joven: “y levantando el bulto prodigioso / Desde el sueño remoto donde yace”, Luis Cernuda, “Oda”, *Égloga, elegía, oda, Poesía completa*, ed. Derek Harris y Luis Maristany, op. cit., p. 136, que evoca al lector gongorino la bella cara de Acis, cuando dormido es descubierto por la ninfa Galatea: “en lo viril desata de su vulto / lo más dulce el Amor, de su veneno; / bébelo Galatea, y da otro paso / por apurarle la ponzoña al vaso”, Luis de Góngora, *Fábula de Polifemo y Galatea*, ed. Alexander A. Parker, Madrid, Cátedra, 1983, p. 146. Pellicer explica así estos versos: “en lo viril del rostro de Acis, en lo desgredado, en el sudor envuelto en polvo, allí oculta lo más dulce de su veneno el amor. Bebiólo Galatea, miróle, acercóse más para mirarle más, para acabar de beber más veneno, para enamorarse del todo”, José Pellicer de Salas y Tovar, *Lecciones solemnes a las obras de don Luis de Góngora y Argote*, Madrid, Imprenta del Reino, 1630, col. 246-247, grafía actualizada. Algunas construcciones sintácticas cernudianas en estos poemas, evocan también similares recursos empleados en Góngora y sus seguidores: “Ata el río y desata, / En transparente lazo mal seguro, / Aquel rumbo veloz entre su oscuro / Anhelar ya resuelto en diamante”, Luis Cernuda, “Oda”, *Égloga, elegía, oda, Poesía completa*, ed. Derek Harris y Luis Maristany, op. cit., p. 139.

⁴Luis Cernuda, *Estudios sobre poesía española contemporánea, Prosa I*, ed. Derek Harris y Luis Maristany, op. cit., p. 187.

un gran valor al estar dedicado de manera exclusiva al poeta cordobés. Se titula “Góngora y el gongorismo”, pero este nombre no acaba de gustarle porque recordaba mucho al estudio de Lucien Thomas⁵, escrito en francés y aparecido a comienzos del siglo XX. En el texto, Cernuda no duda en calificar a Góngora del poeta más grande en lengua española: “Mientras la lengua española exista, escribe, el nombre de Góngora quedará, a gusto de unos y a pesar de otros, como el del escritor que más espléndidamente supo manejarla. Si se me preguntara quién es para mí el primer escritor español, yo respondería: Góngora”⁶. Para él no existen dos Góngoras, pensamiento que hay que conectar con los estudios de Dámaso Alonso⁷, y acaba sus reflexiones con una frase espléndida, tomada de Vázquez Siruela, un comentarista gongorino del XVII: “¿Quién escribe hoy [el comentarista se refiere a su propia época, quizás antes de 1628] que no sea besando las huellas de Góngora, o quién ha escrito en España, después que esta antorcha se encendió, que no haya sido mirando a su luz?”⁸.

Sin embargo, en sus diarios personales, tan escuetos, se observa cierto menosprecio a la hora de tratar la celebración del centenario: “24 agosto 1927. Centenario de Góngora. Todo el aguachirle castellano se ha estremecido en onda unánime de mentida, incomprensiva admiración. La eternidad identifica al poeta”⁹.

⁵ Lucien-Paul Thomas, *Góngora et le gongorisme considérés dans leurs rapports avec le marinisme*, Paris, Champion, 1911. Hay otro estudio previo del mismo hispanista francés que trata cuestiones afines: *Le lyrisme et la préciosité cultiste en Espagne*, Paris, Champion, 1909.

⁶ Luis Cernuda, “Góngora y el gongorismo” (1937), en *Prosa*, ed. Derek Harris y Luis Maristany, op. cit., vol. II, p. 138.

⁷ En su aproximación en prosa escribe el poeta sevillano: “Comienzo ahora a leer el libro de Dámaso Alonso, *La lengua poética de Góngora*. Encuentro la misma indicación que hace unos días escribí en este cuaderno, estableciendo una sola línea común en los dos Góngoras tradicionales, uno fácil y otro oscuro. La literatura renacentista, dice, se caracteriza por esas dos direcciones, una popular. En Góngora tal dualidad se manifiesta también. Para mí lo interesante debe ser unir en una sola línea las dos opuestas tendencias de Góngora y mostrarlas como aspectos de una misma verdad. Las obras más sencillas y las más difíciles no son sucesivas en la producción de Góngora. No es posible hablar de un proceso de densidad expresiva en su poesía”, *ibid.*, p. 145.

⁸ *Ibid.*, p. 147. Esta frase se encuentra en el opúsculo de Martín Vázquez Siruela, “Discurso sobre el estilo de don Luis de Góngora i carácter legítimo de la poética. Discurso a don García Coronel de Salcedo, caballero de la Reyna N. S., del hábito de Santiago”, en Miguel Artigas, *Don Luis de Góngora y Argote. Biografía y estudio crítico*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1925, p. 382, con el siguiente contexto: “Porque si no nos queremos negar a la razón, sin confesalla sinceramente, ¿quién escribe oy que no sea besando las huellas de Góngora, o quién ha escrito verso en España, después que esta antorcha se encendió que no aya sido mirando a su luz? No digo que aora de sus bien afectos, i los que voluntarios quisieron entrar luego por aquel camino, sino de aquellos desdeñosos y mal contentos que hicieron reputación de aborrecer su estilo, y con sátiras, con invectivas, con libelos y chanzas teatrales testificaron su aversión y mal gusto”. (La fecha de 1628 se apunta como posibilidad, en el caso de que Vázquez Siruela se estuviese refiriendo a los comentarios al *Polifemo* de Salcedo Coronel, aparecidos en 1629; no obstante, Robert Jammes ha apuntado modernamente, y con buen criterio, que la designación de Salcedo Coronel como caballero del hábito de Santiago sólo aparece en la *Segunda parte del tomo segundo de las obras de Don Luis de Góngora. Comentadas por Salcedo Coronel*, Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1648, por lo que este discurso, que se refiere a unos pliegos recibidos por el estudioso gongorino antes de su publicación, deben datarse entre 1645 y 1648, cfr. Joaquín Roses Lozano, *Una poética de la oscuridad. La recepción crítica de las Soledades en el siglo XVII*, London, Tamesis Book, 1994, p. 53). Es posible que la frase no la tomase Luis Cernuda de esta obra, sino de la edición que preparó la Real Academia de Córdoba, *Versos de Góngora. En el III Centenario del óbito del poeta*, Córdoba, 1927, p. 32, en la que presenta idéntica grafía y está aislada del contexto general del discurso (hay tres breves textos más de Vázquez Siruela, en este libro procedentes del discurso indicado). Si, como hemos apuntando en este mismo trabajo, Cernuda pudo conocer el poema de Blanco Belmonte inserto en este volumen de la Real Academia de Córdoba, es posible que del mismo tomase como remate de su conferencia esta frase del comentarista barroco.

⁹ Luis Cernuda, “Anotaciones (1926-1927)”, en *Prosa*, ed. Derek Harris y Luis Maristany, op. cit., vol. II, p. 753.

Por lo que respecta al poema dedicado a Góngora¹⁰, se constata en él una sensación de tristeza, de soledad, de acabamiento, similar al que expresa el cuadro de Alexandre Séon (1855-1917), *La desesperación de la Quimera* (1890), que Cernuda pudo tener en cuenta a la hora de dar título a su último libro, y en el que este poema gongorino, anterior en varios años (la colección aludida de Cernuda es de 1956-1962), no hubiera desentonado junto a otros personajes que se mantiene al margen de la vida corriente, como Luis II de Baviera escuchando la música de Wagner, Juan Ramón Jiménez contemplando el crepúsculo o Verlaine y Rimbaud, extraños pájaros en la noche, aparecen evocados tras su muerte y sus escándalos sentimentales (y sin embargo, posteriormente son objeto de homenajes oficiales por los mismos que antes los rechazaron).

Góngora está ya, en la composición cernudiana mencionada, en la misma situación de soledad, de íntima desesperación personal, que ese monstruo semihumano, semimujer, del cuadro simbolista citado¹¹. El poeta ha creado un mundo nuevo con su palabra, es el último de los grandes poetas geniales, equiparable a Tasso o a Ariosto, está en la línea de Horacio o de Ovidio, con su obra sólo había querido, en palabras de Pedro Díaz de Ribas, añadir esplendor a la lengua española y a las musas gala y majestad¹², y sin embargo tiene la consideración de un ser extravagante, de una anomalía en el extenso campo de las letras, de un hombre raro próximo al desequilibrio mental. La amargura y el desengaño de sus esperanzas cortesanas, aquellas que otro poeta había calificado como “prisiones son do el ambicioso muere”¹³, han marcado los años que van desde la aparición de las *Soledades* en Madrid, manuscritas y defendidas por sus amigos, a su regreso a Córdoba, a su breviario, a su patinillo, como dice en una de sus cartas¹⁴.

¹⁰ Sobre este poema existe ya un buen estudio: Gonzalo Sobejano, “Los dos Luises: Góngora en Cernuda”, *Hommage à Robert Jammes*, (Anejos de *Críticón*, I), ed. Francis Cerdan, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1994, III, pp. 1145-1156.

¹¹ Este cuadro, junto con otros de la misma tendencia, ha sido objeto de una exposición reciente en Madrid, “Los pintores del alma. El simbolismo idealista en Francia” (Fundación Cultural Mapfre Vida, 26 de enero-26 de marzo de 2000). El catálogo utiliza como portada esta pintura y la califica como “obra fundamental del simbolismo francés” e indica al respecto: “Pero en este cuadro, la Quimera, sola y aullante, encarna en su desesperación la desolación de un mundo que ha dejado de soñar; simboliza el triunfo del materialismo y de su traducción estética, el naturalismo. La Quimera se siente abandonada, ya que los artistas sólo aspiran a copiar la realidad. Alphonse Germain confirma esta idea en un poema aparecido en *La Plume* en junio de 1892; “Lánguida, enferma, doliente, la Quimera se lamenta y añora la pasión de los hijos de la idealidad”. Auténtica profesión de fe, este óleo de principios de los años 1890 resume la aspiración idealista y antinaturalista de toda una generación del alba del Simbolismo”, Jean-David Jumeau-Lafond, *Los pintores del alma. El simbolismo idealista en Francia*, Madrid, Mapfre, 2000, p. 258. Nos parece probable la relación entre el cuadro y el poema de Cernuda.

¹² Pedro Díaz de Ribas, *Discursos apologeticos por el estilo del Polifemo y las Soledades*, en Ana Martínez Aracón, *La batalla en torno a Góngora*, Barcelona, Antoni Bosch, 1978, p. 128. El propio Góngora eran consciente de que había perfeccionado la lengua española acercándola a la latina: “De honroso, en dos maneras considero que ha sido honrosa esta poesía; si entendida para los doctos, causarme ha autoridad, siendo lance forzoso venerar que nuestra lengua a costa de mi trabajo haya llegado a la perfección y alteza de la latina, a quien no he quitado los artículos, como le parece a V. m. y a esos señores, sino excusándolos donde no necesarios”, Luis de Góngora, “Carta de don Luis de Góngora en respuesta de la que le escribieron”, *Obras completas*, ed. Juan e Isabel Millé, Madrid, Aguilar, 1972, p. 890.

¹³ Andrés Fernández de Andrada, “Epístola moral a Fabio”, *Poesía de la Edad de Oro. II. Barroco*, ed. José Manuel Blecua, Madrid, Castalia, 1984, p. 151.

¹⁴ “Sólo digo a V. m. que ya mi edad más está para veras que para burlas; procuraré ser amigo de quien lo quiera ser mío; y quien no, Córdoba y tres mil ducados de renta de mi patinejo, mis fuentes, mi breviario, mi barbero, y mi mula harán contrapeso a los émulos que tengo, granjeados más de entender sus obras y corre-girlas que no de entender las mías ellos”. Luis de Góngora, “Carta de don Luis de Góngora en respuesta de la que le escribieron”, *Obras completas*, ed. Juan e Isabel Millé, op. cit., p. 898.

Otro escritor cordobés, Marcos Rafael Blanco Belmonte (1879-1925) había recreado también algunos aspectos de esta etapa de la vida de don Luis¹⁵, pero es la visión de Cernuda la que nos da esa visión certera, sintética, convincente, de este león en invierno que es el Góngora alejado de la corte y recluido en su ciudad natal.

El sevillano lo presenta harto de muchas cosas, en una serie anafórica que marca los primeros versos: “harto de fatigar sus esperanzas por la corte”; “harto de su pobreza noble que le obliga” a no salir durante el día, sino sólo por la noche o en el atardecer, para que no se vea el mal estado de su coche o la delgadez de la tela de su traje, desgastada por el uso; “harto de pretender favores” de los nobles, a los que dedica poemas y alabanzas sin cuento; “harto de los años malgastados” en pretender un lugar en los círculos cortesanos¹⁶. Así el poeta, cansado de todo eso, vuelve a su ciudad, en un verso plenamente conseguido “vuelve -dice Cernuda- al rincón nativo para morir tranquilo y silencioso”.

La parte siguiente viene marcada por la resignación y la amargura de lo no conseguido, cuando hay otros, quizás menos dignos, con menos cualidades intelectuales, que han sabido mantenerse y se sacian de las cosas que el poeta había deseado con tanto ahínco, y de las que ahora no puede degustar más que un resto, como un paria que es. Es posible que haya aquí un eco de un poema gongorino, en el verso “Ya restituye el alma a soledad sin esperar de nadie”, y que evoca el comienzo del soneto titulado “Alegoría

¹⁵ He aquí el poema de Blanco Belmonte, titulado “El tránsito del príncipe-rationero”:

Al despertar el alba
y fenecer las sombras,
con paso vacilante
de vida que se agota,
acude un achacoso Racionero
a la Mezquita-Catedral de Córdoba,
y allí celebra misa
y a la paz de su casa se retorna.

La casa está muy triste,
la casa está muy sola,
sólo en su puerta llaman
los que van por limosna.
Nadie busca al humilde Racionero
que, entre nardos y rosas,
ha colocado un capitel que muestra
un jerifalte con las alas rotas.

Entre el jazmín morisco
y la parra frondosa,
colgada está en el patio
la jaula de la alondra.
El señor Racionero abrió la puerta,
y el ave trinadora
dejó atrás el silencio del vacío
y, con ansia de Sol, huyó dichosa.

Dicen que el Racionero
ha perdido la luz de la memoria,
dicen que su flaqueza
le aflige y abochorna.
Dicen que los ingenios de la corte,
celebrando la magia de sus coplas,
lo proclamaron Príncipe
de cuantos alzan cálices de estrofas...

La casa está más triste,
la casa está más sola...
Y una mañana, espléndida
como fragante rosa,
el pobre Racionero llegó en hombros
a la Mezquita-Catedral de Córdoba.
Rezáronle la misa de difuntos
y allí quedó, cadáver en la fosa.

Y luego, un pendolista,
cultivador de crónicas,
tajando bien la pluma,
trazó con frase sobria:
“A veintitrés de mayo del presente,
el Cabildo Eclesiástico de Córdoba
tiene ración vacante:
ha muerto el Racionero Luis de Góngora”.

Real Academia de Córdoba, *Versos de Góngora. En el III Centenario del óbito del poeta*, op. cit., pp. 22-23. En la misma introducción de este volumen se incluye un poema de Manuel Reina, también centrado en la etapa final de la vida del poeta, el cual sobrevive gracias a su imaginación, *ibid.*, pp. 21-22, y otro del bujalanceño Francisco Arévalo, “Ante la tumba de Góngora”, *ibid.*, pp. 24-25.

¹⁶ De este aspecto nos hemos ocupado en el estudio “Góngora poeta áulico: la visita del Príncipe de Gales”, en *Saggi in onore di Giovanni Allegra*, ed. Paolo Caucci Von Saucken, Perugia, Università degli Studi di Perugia, 1995, pp. 169-185.

de la primera de sus *Soledades*” (1615), “Restituye a tu mudo horror divino [mundo en Millé] / amiga Soledad, el pie sagrado, / que captiva lisonja es del poblado / en hierros breves pájaro ladino”¹⁷. Góngora expresa aquí algunas ideas que luego se repiten en el poema cernudiano, el olvido de los grandes, el menosprecio de la corte, la aceptación de una vida retirada y pobre, la alabanza de la aldea. “!Cuán dulcemente de la encina vieja / tórtola viuda al mismo bosque incierto / apacibles desvíos aconseja!”, dice en el primer terceto.

Lo cierto es que el poeta, cansado del ajeteo cortesano, en el texto cernudiano, no espera ya nada de sus nobles y nada eficaces valedores, sino que les desea buen viaje, y se resigna a pasar el resto de la vida como un sueño, a soportar paciente su pobreza, olvidando el triunfo de los otros. También aquí se percibe el eco de las lecturas de Góngora:

y aprende a desearles buen viaje
a príncipes, virreyes, duques altisonantes,

escribe Cernuda, en tanto que don Luis, en un conocido soneto, “A la partida del Conde de Lemus y del Duque de Feria a Nápoles y a Francia” (1611), había dicho:

El conde mi señor se fue a Napoles;
el Duque mi señor se fue a Francia;
príncipes, buen viaje, que este día
pesadumbre daré a unos caracoles¹⁸.

La composición del cordobés rezuma también ironía y aceptación de la pobre vida que le espera, casi como en el texto cernudiano. Góngora sigue en estos términos:

Como sobran tan doctos españoles
a ninguno ofrecí la Musa mía;
a un pobre albergue sí, de Andalucía,
que ha resistido a grandes, digo Soles.
Con pocos libro libres (libres digo
de expurgaciones) paso y me paseo
ya que el tiempo me pasa como higo¹⁹.

Sólo le queda al viejo Góngora -y volvemos al poema de Cernuda- el consuelo de su poesía, en la que encuentra no sólo la hermosura, sino también el ánimo para seguir viviendo, en una imagen soberbia “como un neblí que deja el puño duro para buscar las nubes / traslucidas de oro allá en el cielo alto”. Esas nubes, que sugieren otras garcilasianas (“si mirando las nubes coloradas / al tramontar el sol bordadas de oro”²⁰), son el ensueño personal que endulza los últimos días del poeta; incluso es posible que le acompañara el lenitivo del recuerdo, de haber dado origen a algo, de lo que se muestra orgulloso en su carta defensa contra los que hablaron mal de las *Soledades*, donde

¹⁷ Luis de Góngora, *Obras completas*, ed. Juan e Isabel Millé, p. 507.

¹⁸ *Ibid.*, p. 491.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ Garcilaso de la Vega, “Égloga I”, *Poesías castellanas completas*, ed. Elías L. Rivers, Madrid, Castalia, 1969, p. 134.

llega a decir la repetida frase, casi insulto, casi menosprecio: “honra me ha causado hacerme oscuro a los ignorantes, que esa es la distinción de los hombres doctos”²¹.

Aún en su retiro cordobés, parece como si le llegasen aún las “salpicaduras tristes del aguachirle” (patos del aguachirle castellana, había llamado el lírico a los seguidores de la poesía llana, simbolizada por Lope y sus seguidores).

Recuerda luego el poeta sevillano que hubo un tiempo en que incluso se le negó a Góngora el título de poeta, y trae a colación el nombre de Menéndez Pelayo, que no había regateado esfuerzos para sumirlo aún más en el olvido. El montañés había escrito a propósito de su obra más innovadora: “Góngora se había atrevido a escribir un poema entero, sin asunto, sin poesía interior, sin afectos, sin ideas, una apariencia o sombra de poema, enteramente privado de alma. Sólo con extravagancias de dicción intentaba suplir la ausencia de todo, hasta de sus antiguas condiciones de paisajista. Nunca se han visto juntos en una obra tanto absurdo y tanta insignificancia. [...]Llega uno a avergonzarse del entendimiento humano cuando repara que en tal obra gastó míseramente la madurez de su ingenio un poeta, si no de los mayores (como hoy liberalmente se le concede), a lo menos de los más bizarros, floridos y encantadores en las poesías ligeras de su mocedad”²².

Frente a esta desconsiderada opinión, Cernuda se muestra partidario de dar un viva a don Luis, casi como lo hacía Jean Moreas al saludar a Rubén Darío en el París finisecular, cuando aún nuestro lírico estaba olvidado, “yo en equívoco altar, tú en sacro fuego”, según el verso de Darío²³. Ve Cernuda que incluso los sucesores de aquellos que le condenaron al olvido, los que le insultaron, se inclinan ahora ante el nombre del poeta y se dan premios a los eruditos que roen su memoria. Se hace eco entonces de la intransigencia de don Luis, en unos versos que señalan su singularidad de criterio:

Mas él no transigió en la vida ni en la muerte
y a salvo puso su alma irreductible
como demonio arisco que ríe entre negruras.

El poema acaba con una acción de gracias triple, de estructura anafórica, en la que el lírico sevillano agradece a Dios la paz del Góngora vencido y la del exaltado y, sobre todo, el anegamiento y la tranquilidad de la nada, algo que amenaza también al poeta-hombre Luis Cernuda y, de paso, a todos sus lectores.

Gracias demos a Dios por la paz de Góngora vencido;
Gracias demos a Dios por la paz de Góngora exaltado;
Gracias demos a Dios, que supo devolverle (como hará con nosotros),
Nulo al fin, ya tranquilo, entre su nada.

En poco más de cincuenta versos Cernuda ha sintetizado no sólo los últimos años de don Luis, sino los cambios en la crítica que se han sucedido en los dos últimos siglos con respecto a la poesía gongorina, el Góngora vencido, el Góngora exaltado, de la

²¹ Luis de Góngora, “Carta de don Luis de Góngora en respuesta de la que le escribieron”, *Obras completas*, ed. Juan e Isabel Millé, op. cit., pp. 896-897.

²² Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, Madrid, CSIC, 1974, I, p. 807.

²³ Cfr., sobre estas cuestiones, Antonio Cruz Casado, “La evocación de Góngora en Rubén Darío”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 123, julio-diciembre, 1992, pp. 225-228.

misma manera que puede ocurrirle a cualquier poeta, como le ocurrió al propio Cernuda, renacido ya y vigente para siempre, aunque en algún momento él estuvo también, según un verso propio aplicado a Góngora, “como estrella perdida en lo hondo de la noche”.

APÉNDICE

“GÓNGORA”²⁴ DE CERNUDA (Edición y notas).

El andaluz envejecido que tiene gran razón para su orgullo ²⁵ , El poeta cuya palabra lúcida es como un diamante, Harto de fatigar sus esperanzas por la corte, Harto de su pobreza noble que le obliga A no salir de casa cuando el día, sino al atardecer, ya que las sombras	5
Más generosas que los hombres, disimulan En la común tiniebla parda de las calles La bayeta caduca de su coche y el tafetán delgado de su traje ²⁶ ; Harto de pretender favores de magnates, Su altivez humillada por el ruego insistente, Harto de los años tan largos malgastados	10
En perseguir fortuna lejos de Córdoba la llana y de su muro excelso ²⁷ , Vuelve al rincón nativo para morir tranquilo y silencioso.	
Ya restituye el alma a soledad sin esperar a nadie Si no es de su conciencia, y menos todavía De aquel sol invernal de la grandeza Que no atempera el frío del desdichado, Y aprende a desearles buen viaje A príncipes, virreyes, duques altisonantes,	15

²⁴ Seguimos el texto de la edición de Luis Cernuda, *La realidad y el deseo, Poesía completa*, ed. Derek Harris y Luis Maristany, op. cit., pp. 330-332.

²⁵ Góngora se muestra justamente orgulloso de su obra, como hemos indicado en el texto: “Demás que honra me ha causado hacerme oscuro a los ignorantes, que esa es la distinción de los hombres doctos, hablar de manera que a ellos les parezca griego; pues no se han de dar piedras preciosas a animales de cerda”; Luis de Góngora, “Carta de don Luis de Góngora en respuesta de la que le escribieron”, *Obras completas*, ed. Juan e Isabel Millé, op. cit., pp. 896-897.

²⁶ Señalamos algunos paralelismos entre las ideas expresadas en el poema y en la conferencia dedicada a Góngora, además de los ya indicados en el cuerpo del estudio anterior. Con relación a la pobreza resignada del poeta, escribe Cernuda en la conferencia: “Pobre Góngora. Siempre me aparece, a pesar mío, huyendo en su vieja carroza oscura, al trote de unas famélicas mulas, sus negros hábitos cuidadosos y sueltos, pero tan viejos ya, entre dos luces, al atardecer madrileño, triste, ruidoso y aporreado, fija la mirada de sus ojos imperiosos en la hermosura que adivina como posible entre tanta miseria y tanta mezquindad. Huye y desaparece su carromato tras una nube de ceniciento polvo, dejando un eco de lamentos ahogados, de pretensiones deshechas, de resignación aburrida”, Luis Cernuda, “Góngora y el gongorismo” (1937), en *Prosa*, ed. Derek Harris y Luis Maristany, op. cit., vol. II, p. 140.

²⁷ El sintagma *su muro excelso* remite al conocido soneto de don Luis dedicado a Córdoba (1585): “¡Oh excelso muro, oh torres coronadas”, Luis de Góngora, “Carta de don Luis de Góngora en respuesta de la que le escribieron”, *Obras completas*, ed. Juan e Isabel Millé, op. cit., p. 455. Este soneto formaba parte de la conferencia de Cernuda, *ibid.*, p. 144.

- Vulgo luciente no menos estúpido que el otro²⁸; 20
 Ya se resigna a ver pasar la vida tal sueño inconsistente
 Que el alba desvanece, a amar el rincón solo
 Adonde conllevar paciente su pobreza,
 Olvidando que tantos menos dignos que él, como la bestia ávida
 Toman hasta saciarse la parte mejor de toda cosa, 25
 Dejándole la amarga, el desecho del paria.
- La fuerza del vivir más libre y más soberbio²⁹,
 Como un neblí que deja el puño duro para buscar las nubes
 Traslucidas de oro allá en el cielo alto. 30
 Ahora el reducto último de su casa y su huerto le alcanzan todavía
 Las piedras de los otros, salpicaduras tristes
 Del aguachirle³⁰ caro para las gentes
 Que forman el común y como público son árbitro de gloria.
 Ni aun esto Dios le perdonó en la hora de su muerte. 35
 Decretado es al fin que Góngora jamás fuera poeta,
 Que amó lo oscuro y vanidad tan sólo le dictó sus versos.
 Menéndez y Pelayo, el montañés henchido por sus dogmas,
 No gustó de él y le condena con fallo inapelable.
- Viva pues Góngora, puesto que así los otros 40
 Con desdén le ignoraron, menosprecio
- Tras del cual aparece su palabra encendida
 Como estrella perdida en lo hondo de la noche,
 Como metal insomne en las entrañas de la tierra.
 Ventaja grande es que esté ya muerto 45

²⁸ Rubén Darío había escrito en su "Soneto autumnal al Marqués de Bradomín": "un vulgo errante, municipal y espeso", Rubén Darío, *Poesías completas*, ed. Alfonso Méndez Plancarte, Madrid, Aguilar, 1954, p. 769.

²⁹ Escribe Cernuda en la conferencia: "Se exige a sí mismo lo máximo. Sufre y escribe, realizando en sus versos el mundo que buscaba inútilmente fuera de sí. Y no es que ese mundo que translucen sus versos sea pura invención, no. Es más real que la simple realidad. Es una naturaleza edénica, que él ha visto y que nos hace ver a través de la magnífica expresión apasionada que le presta. Tiene sus cielos y sus nubes, sus ríos y sus árboles, lo mismo que la naturaleza que vemos; y lucen, fluyen y brotan hojas con una magia que no es otra sino la misma natural", Luis Cernuda, "Góngora y el gongorismo" (1937), en *Prosa*, ed. Derek Harris y Luis Maristany, op. cit., vol. II, p. 140. "Esa luz es la que, engrandecida y llevada a su más alto valor, anima con pasión inmensa, vuelta esplendor, su obra total. Si miramos en su totalidad, breve materialmente, la obra de don Luis de Góngora, nos aparece como traspasada por un sol que nunca puede ocultarse. Destella toda entera como un mar del sur por un mediodía estival. Ciega su resplendor y necesitamos hacer pantalla con la mano sobre los ojos para comenzar a distinguir la forma precisa. Ese esplendor es su calidad más destacada", *ibid.*, p. 143.

³⁰ "Lope, lleno de facundia, de acomodo y de amable vulgaridad, bulle, trepa y se remueve, como el pez, en el aguachirle donde tan a gusto suyo y de los demás ha caído", *ibid.*, p. 140. El término *aguachirle* remite a un conocido soneto atribuido a Góngora, titulado "A los apasionados por Lope de Vega":

Patos de la aguachirle castellana,
 que de su rudo origen fácil riega,
 y tal vez dulce inunda nuestra Vega,
 con razón Vega por lo siempre llana;

Y que de muerto cumpla los tres siglos, que así pueden
 Los descendientes mismos de quienes le insultaban
 Inclinarsen a su nombre³¹, dar premio al erudito³²,
 Sucesor del gusano, royendo su memoria³³.
 Mas él no transigió en la vida ni en la muerte 50
 Y a salvo puso su alma irreductible
 Como demonio arisco que ríe entre negruras.

Gracias demos a Dios por la paz de Góngora vencido;
 Gracias demos a Dios por la paz de Góngora exaltado;
 Gracias demos a Dios, que supo devolverle (como hará con nosotros), 55
 Nulo al fin, ya tranquilo, entre su nada.

Luis de Góngora, *Obras completas*, ed. Juan e Isabel Millé, op. cit., p. 549. El término se encuentra también en el texto de Cernuda: "Mas si recordamos la obra de tales poetas no se aprecia allí sino una especie de aguachirle, donde sobrenada, aquí o allá, en los casos más afortunados, un afortunado momento, una viva realidad entre una aburrida confusión", Luis Cernuda, "Góngora y el gongorismo" (1937), en *Prosa*, ed. Derek Harris y Luis Maristany, op. cit., vol. II, p. 146.

³¹ Algo parecido expresa Cernuda a propósito de Verlaine y Rimbaud, homenajeados tras su muerte, en el poema "Birds in the night": "Al acto inaugural asistieron sin duda embajador y alcalde, / Todos aquellos que fueran enemigos de Verlaine y Rimbaud cuando vivían", Luis Cernuda, *Poesía completa*, ed. Derek Harris y Luis Maristany, op. cit., p. 495.

³² La Real Academia Española había concedido un premio al estudio de Miguel Artigas, *Don Luis de Góngora y Argote. Biografía y estudio crítico*, Madrid, 1925.

³³ Es posible que en este verso exista un eco de un fragmento de las *Soledades*, especialmente de la referencia al gusano, como elemento que provoca el recuerdo:

Este pues Sol que a olvido lo condena,
 cenizas hizo las que su memoria
 negras plumas vistió, que infelizmente
 sordo engendran gusano, cuyo diente,
 minador antes lento de su gloria,
 inmortal arador fue de su pena.

Luis de Góngora, *Soledades*, ed. Robert Jammes, op. cit., pp. 345-347. Se trata de un lugar mal interpretado por algunos comentaristas o detractores, por ejemplo Juan de Jáuregui, al que responde el Abad de Rute: "En lo que toca a la tacañería de enamorarse de la hija de su huésped, V. m. le pida perdón del juicio temerario, pues sospecha dél semejante cosa sin constarle más que la hermosura de la zagala le sirvió a su memoria de estímulo y despertador para hacerla como en un raptó de al dama a quien quiso bien, o quería; mire V. m. una vez y otra los versos, y hallará que es escándalo recibido por V. m. y no dado por el mancebo", Francisco de Córdoba, *Examen del Antídoto o Apología por las Soledades de don Luis de Góngora contra el autor del Antídoto*, en Miguel Artigas, *Don Luis de Góngora y Argote. Biografía y estudio crítico*, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, 1925, p. 406, grafía actualizada. Por su parte, Pellicer, aclara así este lugar: "dice que este sol que le condenó a su olvido, hizo cenizas las plumas que vistió la memoria, que infelizmente, no como en la hoguera feliz del Fénix, engendran las cenizas un gusano sordo, cuyo diente que en otro tiempo le solicitó con las memorias gloria, hoy como el arador le está causando pena molesta", José Pellicer de Salas y Tovar, *Lecciones solemnes a las obras de don Luis de Góngora y Argote*, op. cit., col. 493, grafía actualizada. Menos parafrástico y más certero es el comentario de Dámaso Alonso al mismo texto: "Este Sol de la hermosura de su dama, al representársela ahora, abrasó y redujo a cenizas las negras plumas de los recuerdos melancólicos que el joven tenía; pero (así como de las cenizas del ave fénix nace un gusano que luego vuelve a transformarse en ave) de estas abrasadas cenizas de sus tristezas, nació, como gusano roedor, un afecto triste de verse ausente y desdeñado, gusano que empezó a morder lentamente el ánimo del joven, como un minador interno de la alegría que el recuerdo de su amada le había producido, hasta que creció tanto el gusano de su tristeza, que, como si se convirtiera de "minador" interno en "arador" externo, el joven sintió ya sólo clara, inmortal y patente su pena", Dámaso Alonso, *Las "Soledades" de Góngora, Obras completas, Góngora y el gongorismo*, Madrid, Gredos, 1982, vol. VI, p. 650.